

LA ANGUSTIA DE MARTÍN FIERRO: actualidad*
Cecília Teixeira de Oliveira Zokner

En 1872 era publicado *Martín Fierro*. Desde entonces, las ediciones se sucedieron y si se considera el contexto cultural hispanoamericano se advierte que la obra y su autor bastante ya ha sido estudiada. Hoy, cuando han pasado cien años de la primera edición, *Martín Fierro* produce, todavía, una extraña fascinación sobre aquellos que la leen. La razón de esto, está quizás, en el encanto de las comparaciones, en lo primitivo de los sentimientos, en lo agudo de la crítica; pero, seguramente, en su actualidad, que se traduce en los adagios filosóficos, en las descripciones de una situación amarga, en la rebeldía, en la angustia. Resultando esta última una constante en el ser humano y consecuentemente, algo permanente en la Literatura, talvez sea válido estudiarla en *Martín Fierro*. Si posible, también compararla com aquella que experimentan, en otras épocas y en distintos espacios geográficos, Casiano Jara y Miguel Cara de Angel. Es lo que se propone el presente artículo, cuyas fuentes serán exclusivamente, los textos de José Hernández, Augusto Roa Bastos y Miguel Angel Asturias.

* La versión española del artículo fue revisada por la profesora uruguaya María Luiza Silveira Zabala.

Según José Hernández, en carta a Don José Zoilo Miguens,¹ Martín Fierro es una creación literaria, calcada en el tipo social existente en el cual se concentran la manera de ser, de pensar y de expresarse del gaucho argentino: imaginativo, impulsivo, arrebatado, altivo, inmoderado hasta el crimen, hijo de una naturaleza que la educación no polió, ni suavizó.

Martín Fierro, él mismo, en el poema se va presentando, explicando, justificando: lo vemos usar repetidas veces el nombre de Dios y de los santos mientras adopta actitudes religiosas que son más superstición que propiamente fe como la entienden los teólogos; agredir sin necesidad o reaccionar al ataque con furia violenta; tranquilo delante del peligro, pero enfrentándose lo del mismo modo aun temeroso. Altivo, arrogante, convencido de su superioridad como hombre de lucha y como poeta. Poseyendo, en su primitivismo, actitudes éticas que le son dictadas por la alta idea que tiene de sí mismo.

Mientras sus sentido, desarrollados por la vida en el desierto, se han aguzados, y, mientras sus pasos pueden extenderse por la immensidad de la pampa, la visión que tiene del mundo es assaz limitada. El ambiente en que vive es un ambiente restricto, así sea considerado por la influencia que ejerce sobre otros, así por aquella que recibe del mundo exterior. Mientras la Argentina, tentando madurar económica y políticamente, se debate entre antagonismos individualistas anacrónicos y negligentes.

(1) HERNANDEZ, José. *Martín Fierro: Introducción, notas y vocabulario* de Eleuterio F. Tiscornia. 14^a ed. Buenos Aires, Losada, 1972, p. 21

cia al hombre de campo, este, ignorante y abandonado a si mismo, no posee el sentido de patria como la entienden aquellos que se ha convenido en llamar civilizados. Su mundo se restringe al círculo familiar, al grupo social esporádico - constituido por elementos que se encuentran en las pulperías o en determinados trabajos camperos - y a la autoridad, cuja presencia, a su turno, también es esporádica. Con el desmoronamiento de su vida, todavía, la familia desaparece, el grupo social es motivo de fricción y la autoridad se torna una presencia constante. Presencia que posee una apariencia distinta de aquella que era ignorada por Martín Fierro, cuando sus días eran apenas cotidianos. En consecuencia, la comunicación con el medio que lo envuelve, se transforma: lo que había de franco en sus gestos, palabras y acciones, se torna inmovilidad, silencio, pasividad. En el canto II, en que describe la vida del gaucho en otros tiempos, los gestos son llenos de vida, la comunicación alrededor del fuego alegre, y la actividad, positiva, (en el sentido de sociedad organizada) o sea, orientada para el trabajo. En los primeros tiempos que pasa en el fortín de la frontera, Martín Fierro nada hace y nada dice. De su pasividad le viene el ser esplotado, robado maltratado. Hasta el momento en que comprende lo que pasa a su alrededor. Y reacciona.

En las relaciones de Martín Fierro con el mundo que está a su alrededor, se pueden, entonces distinguir claramente tres fases: espontaneidad, pasividad y agresividad. Estas tres fases corresponden, respectivamente, al período anterior, de duración y posterior al servicio militar.

En la primera, espontáneamente, Martín Fierro se deja vivir. Posee mujer e hijos, un pedazo de tierra y ganado. Se ali-

menta abundantemente y tiene en el amor la tranquilidad del hombre que se completa con una compañera. El trabajo para él constituye más un placer que una obligación: es dispersión de fuerzas, competiciones ruidosas. Sus relaciones con los demás gauchos, de alegría sana: conversaciones cerca del fuego, cantares en las pulperías. El trato con el patrón parece amistoso y con la autoridad, de total indiferencia, puesto que ella existe, o aparece, solamente en las elecciones. Se trata de un mundo feliz, tanto ideal que parece utópico. Es natural que Martín Fierro, colocado inesperadamente delante de la autoridad, en el caso el juez de paz, no reaccione: "soy manso y no habla porque"². Y confiando en las palabras que escucha, parte para la frontera. Entonces, esta su pasividad ingenua al dejarse persuadir y al cargar con todo lo que poseía, se transforma, delante de la realidad que se le presenta en una pasividad astutamente disimulada. Permite que el comandante le tome el morro, recula delante de la cólera del mayor al reclamarle el sueño y ante la oportunidad de esclarecer la injusticia al superior. Todavía, ni por un instante pierde la lucidez para juzgar aquello que presencia. Se da cuenta, bien deprisa, de la demagogia rastrera usada para atraer a los incautos - y solo los atrae, justamente, porque son incautos e ignorantes - o para mantenerlos tranquilos en la esperanza de una pronta liberación. Observa la falta de moral de los superiores que, en lu-

(2) HERNÁNDEZ, José. *Martín Fierro: Introducción, notas y vocabulario* de Eleuterio F. Tiscornia. 149 edición, Buenos Aires, Losada, 1972, p.33

gar de defender a la patria, se preocupan en conseguir tierras, utilizando para trabajarlas a los soldados que están sirviendo al gobierno; y también los arreglos que los mismos superiores hacen con el pulpero en detrimento de sus comandados, mientras el servicio militar es hecho bajo amenazas, malos tratos y sin las mínimas condiciones, pues, además de ser los soldados entrenados por quien no conoce el oficio, les faltan las armas, los caballos, las ropas, el tabaco, la yerba y el sueldo. Entre la actitud pasiva que adoptó y la lucidez que posee, existe, evidentemente, una contradicción. Martín Fierro no duda que permaneciendo en donde está, tarde o temprano será un hombre muerto. La solución, la encuentra en la fuga. En una noche en que el juez de paz y el comandante se divierten bebiendo, abandona el fortín de la frontera. Delante suyo se extienden el campo y la libertad. Pero, además de "resertor, pobre y desnudo"³ él había conocido el mal. No todavía, todo el que le estaba reservado. Al volver se encuentra con su rancho convertido en tapera, vacío. Es para Martín Fierro el momento de la verdad. Aquel en que se da cuenta de que su vida se deshizo: la mujer ha buscado la protección de otro hombre, los hijos están en el desamparo y sus bienes dilapidados. La pasividad no tiene más razón de existir. La mansedumbre cesa: Martín Fierro que, al regresar no tenía otra idea que estar con su familia, movido por el sufrimiento que lo invade, jura "ser mas malo

(3) HERNANDEZ, José. *Martín Fierro*: Introducción, notas y vocabulario de Eleuterio F. Tiscornia. 14^a ed. Buenos Aires, Losada, 1972, p. 55

que una fiera"⁴. Pero antes de que tenga oportunidad de ser así, es repudiado por la micro sociedad en que vive. Marginal porque vive sin familia, porque es gauderio y desertor, su única salida es el horizonte abierto. Caso contrario la presión del medio. Provoca y mata a un negro. En otra ocasión, provocado, reacciona y mata nuevamente. Cada vez más debe afastarse de la comunidad de los hombres. Pero aunque así lo haga, no se libra de las persecuciones y, para conservar la vida torna a matar. Se retira para más lejos. Procura afastarse para siempre, buscando la compañía de los salvajes. Pero antes escucha la historia del Sargento Cruz. Es la misma que la suya...

Observadas estas tres fases de relacionamiento se verifica que la angustia de Martín Fierro se desarrolla paralelamente a ellas. Angustia ésta, cuya causa inmediata es la asfixia provocada por la falta de espacio libre, consecuentemente por la falta de libertad.

A la primera fase, o sea, la anterior al servicio militar y de relacionamiento espontáneo, corresponde una angustia que se podría llamar en estado latente. Esto porque, mientras Martín Fierro, en esta época era feliz, existen en él ciertas marcas de sufrimientos. Sufrimientos estos que le vienen del abandono en que se encontró y del trabajo duro que tuvo que enfrentar desde muy chico. En fin, gozando libertad de movimientos

(4) HERNANDEZ, José. *Martín Fierro*: Introducción, notas y vocabulario de Eleuterio F. Tiscornia. 14^a ed. Buenos Aires, Losada, 1972, P. 52

y feliz, por lo menos en apariencia, Martín Fierro, en esta primera fase, es un hombre tranquilo.

E la segunda fase, que es equivalente al servicio militar y al relacionamiento pasivo, Martín Fierro es obligado a trabajar como peón, o sea, en espacio limitado. Los salvajes, al cercar el destacamento de los blancos limitan sus pasos que son ya restringidos por las normas del fortín. Surge la angustia al percibir Martín Fierro la contradicción que existe entre las frases pronunciadas y las acciones cometidas. Entre lo que es y lo que debería ser. El relacionamiento pasivo que adopta, no es nada más que una especie de redoma protectora que, siendo indeseable, opriime tanto como la falta de espacio.

La fase de abandono del servicio militar y de relacionamiento agresivo, a su vez, se constituye en la fase de angustia coercitiva. La redoma protectora y opresiva es sustituida por un círculo de persecuciones, ahora al nómada y desertor. Menor el espacio, más grande la angustia. En esta fase sucede el primer asesinato. Otro motivo para la marginalización y para que el círculo se cierre cada vez más. La segunda muerte hace el horizonte todavía menor y el círculo, entonces, materializado, es compuesto por hombres de la ley. Y tan cerca, que está al alcance de su cuchillo. Martín Fierro entrega su vida o su libertad, lo que es lo mismo. Es la hora de las muertes incontables y Martín Fierro al tentar romper el círculo, lo cierra más todavía. Cree haberlo cerrado definitivamente, pero no se da por vencido. Para huir a la soledad, a las persecuciones, a la angustia, en fin, cruza la frontera en dirección a los salvajes esperando de ellos una convivencia humana.

También para Casiano Jara y para Miguel Cara de Angel, la libertad se va restingiendo en fases sucesivas y, también en ellos, la angustia se instala en un "crescendo" que es proporcional a la libertad que se desvanece.

Percorriendo a pie, cincuenta leguas que separan a la Industrial Paraguaya de Kaaguasú, los que desfallecían eran acabados a tiros. Para Casiano Jara,⁵ incapaz de recular ante de la tragedia que vivía en aquella caminada y que presumía mas grande en la llegada a los yerbales, es el reinicio de una angustia que será, una vez mas, cotidiana, permanete. Ya había vivido en el hambre y en la opresión. Ya había sido rebelde y fugitivo, desesperado y hambriento. Pero luego al iniciar su tentativa de trabajo y paz, comprende que el concharbarse en la Industrial Paraguaya no lleva - como no ha llevado jamás - a la vida pues, entrar en aquellos dominios es condernarse a salir de ellos únicamente para debajo de la tierra. Huir, imposible o solamente por el aire como las canciones. Además de las aguas del río, de la Winchesters, de los perros, la propia ley promulgada por el Presidente Rivarola lo impedía: "El peón que abandone su trabajo sin el consentimiento expreso de una constancia firmada por el patrón o capataces del establecimiento, será conducido preso al establecimiento, si así lo pidieren éstos, cargándose en cuenta al peón, los gastos de remisión y demás que por tal estado origine"⁶. La angustia de la vida en

(5) ROA BASTOS, Augusto. *Hijo de Hombre*. Buenos Aires, Losada, 1967, 281p.

(6) ROA BASTOS, Augusto. *Hijo de Hombre*. Buenos Aires, Losada, 1967. p.81

el yerbal es la soledad del ser humano que la miseria y el dolor afastan de los demás. Casiano Jara no la sentía, todavía, completamente, porque siempre llegaba el momento de encontrar los ojos - aunque doloridos- de su compañera. Pero en el momento en que el capataz le propone comprar a su mujer, Casiano Jara de una cierta manera, pierde su condición de hombre. Su angustia se torna, además de tragedia moral, enfermedad física. Su boca espuma de odio impotente. Su cuerpo transpira y tiembla como si estuviese febril, su mente pierde la posibilidad de razonar lógicamente y no tiene, no puede tener, otro pensamiento que salir del yerbal con la mujer y con el hijo que está para nacer. Habla de su plan en todos los momentos que puede estar con su mujer. Lo estudia con cuidado. Pero cuando lo intenta, a pocas leguas del pueblo, es frustado por el nacimiento del niño. Son llevados de vuelta al yerbal. Ahora tres víctimas. Lo ponen en el cepo. Quince días permaneció ahí, pero no se dobló. Nuevamente intenta huir. Y lo hace. Lleno de miedo, desesperación, ruídos, miasmas, barro, desfallecimiento, hambre, sed, cansancio. Sin embargo, llega al fin al río y al cruzarlo a la libertad. Una carreta que surge de repente en medio del sueño y un viejo cuyos trazos son los de su abuelo muerto lo reconducen al pueblo de origen. Al avistarlo, Casiano camina con determinación. No para su casa o para su tierra, sí para el vagón semidestruido que se encontraba entre los árboles quemados. Había perdido la razón.

Miguel Cara de Angel⁷ es bello, rico y tiene en sus ma-----

(7) ASTURIAS, Miguel Angel. *El Señor Presidente*. Buenos Aires, Losada, 1968, 274p.

nos el poder fácil e irresponsable de aquellos que aceptan ser denominados "favoritos". Poco se conoce de su vida, a no ser que tiene camino libre junto al Señor Presidente. También se ignora si es feliz. La conciencia de la angustia, todavía, le viene de repente. El momento en que el amor le invade el ser es el mismo momento en que presencia al sufrimiento de la amada, su desfallecimiento, su aproximación a la muerte. Cuando percibe que "el único ser que le era querido bailaba ya en la farsa en que bailaban todos"⁸ aceptó, finalmente, ser lúcido, lo que, por conveniencia, no fuera antes. Desde entonces la angustia lo domina intensamente, pero apenas en los raros momentos en que el amor permite que se vuelva para otra cosa que no sea él mismo. La angustia que lo atormenta es por el ser que ama, por el terror de perderlo, de ver a su propia felicidad destruida. Al sentir que la oportunidad de huir se le escapara de entre las manos y que otro tomara - por orden superior - su lugar, "se tapó los oídos con las manos. Las lágrimas le cegaban. Había querido romper las puertas, huir, correr, volar...".⁹

Y, prisionero de aquel a quien una vez salvara la vida, es torturado, tirado sobre el estiércol en un viaje que no tiene retorno, porque su fin es el calabozo incomunicado. En los años que pasan el cuerpo de Miguel Cara de Angel "sin aire, sin sol, sin movimiento, diarreico, reumático, padeciendo neuralgias er-

(8) ASTURIAS, Miguel Angel. *El Señor Presidente*. Buenos Aires, Losada p. 209.

(9) idem, p. 249

rantes, casi ciego"¹⁰, se desintegra. La angustia del espacio limitado, de la irremediable falta de libertad, de la soledad no consiguen, todavía, sacarle todo el aliento que es mantenido por la esperanza de, otra vez, mirar a Camila. Pero, no solamente esta esperanza le es arrancada, también la imagen que le restaba de ella enlodada, ultrajada, escarnecida. "A partir de ese momento el prisionero empezó a rascarse como si le comiera el cuerpo que ya no sentía, se arañó la cara por enjugarse el llanto en donde sólo le quedaba la piel lejana y se llevó la mano al pecho sin encontrarse: una telaraña de polvo húmedo había caído al suelo..."¹¹.

En la inmundicie, en la desolación, en el desamparo total del hombre que en medio de una incomensurable miseria recibe algo que lo tornará todavía más miserable -la certeza de una traición - Miguel Cara de Angel muere.

Aunque Casiano Jara y Miguel Cara de Angel se delineen casi que solamente através de indicios, al contrario de Martín Fierro construido por sus proprias informaciones, comparando la angustia que los domina, es evidente el paralelo: los tres sufren una opresión que les sería ahorrada si hubieran vivido en otro lugar; los tres, al buscar la libertad encuentran obstáculos que son la prueba evidente de la existencia de una situa-

(10) ASTURIAS, Miguel Angel. *El Señor Presidente*. Buenos Aires, Losada, p. 262

(11) ASTURIAS, Miguel Angel. *El Señor Presidente*. Buenos Aires, Losada, 1968, p. 263

ción anormal. Lo que verdaderamente los une es el hecho de que la génesis de la angustia sea muy anterior a su aparición como propulsor de actitudes. Éste es ocasionado por una toma de conciencia.

Casiano Jara había sido como un animal cazado, sin defensa, pequeño delante de un poder injusto, más implacable. Se rebeló, Una. Dos. Tres veces. Hambre y lucha. Nuevamente el hambre y la pasividad de las catorce o dieciséis horas de trabajo diario y doloroso. El cargar la leña, la tarea más cruel del yerbal. El saber que el comisario - de quien dependía la vida de todos en el yerbal - desea su mujer. Finalmente la evasión frustada, el hijo recién nacido en los brazos, la mujer en el suelo, el terror que se apoderó de él cuando ve delante suyo los caballos de sus perseguidores. Todavía los quince días de cepo y otra vez la huida perseguida por ladridos de perros, patas de caballo, armas engatilladas. El círculo opresor se había cerrado demasiado y varias veces sobre él. Tuvo fiebre, consocio y hambre. Pero, solamente, al saber que el comisario quería comprarle la mujer es que reaccionó, emprendiendo una evasión que sentía - y que en realidad resultó - mucho por encima de sus fuerzas. La prueba de eso fue la locura que lo acometió. Irreversible.

En Miguel Cara de Angel, se trata de una angustia reprimida que nace de la anulación de la personalidad. Al surgir un obstáculo a la perspectiva de ser feliz, solamente ahí, le viene el deseo de reaccionar. Al darse cuenta de que amando a Camila hace que ella pase a ser parte del universo abyecto en que él vive, siente ímpetus de destruir al Presidente. Ímpetus

que no transforma en actos. Le pesa el tiempo que los separa del momento en que debe enfrentar a la sociedad que recusó. Le pesa el espacio en que vive, puesto que no lo acepta más y, sobretodo le pesa la amenaza que presiente a su alrededor. Mas no efectúa el gesto de ataque, como tampoco ningún otro para defendérse. Es constreñido que va a la recepción ofrecida por el Señor Presidente. Y cuando éste, más tarde, le ofrece una función en el exterior del país, la acepta sin titubeos, creyendo haber encontrado, finalmente, la salida. Se encontró con la prisión y con la muerte.

Martín Fierro sufrió menos porque sufrió solo. No lo dominó el temor de perder a la mujer amada. Y su lucidez frente a lo injusto resultó en la toma de una conciencia de clase. Clama por sí mismo y por sus iguales. Por esto, en la desintegración del hogar, del amor, de la propiedad, Martín Fierro, aunque marginal, se agiganta.

Como Casiano Jara y Miguel Cara de Angel es testigo y también víctima de una determinada situación. Pero mientras el primero, víctima de su condición social y el segundo, de su connivencia con un régimen deshumanizado vieron el círculo opresor cerrarse mucho más de los límites, Martín Fierro lo rompe con violencia, consciente de pertenecer a un grupo social oprimido. Aunque su angustia sea semejante a la de Casiano Jara y Miguel Cara de Angel, oprimidos del siglo veinte, Martín Fierro, aunque cercado, es libre y por eso no pierde su dignidad humana. Talvez por esta razón, la voz que levantó en 1872 continúe válida en los días que, incansablemente, persiguen, oprimen, destruyen. Y así la real victoria de José Hernández será cuando la voz del gaucho Martín Fierro sea apenas un relato fantástico,

la crónica de cosas olvidadas y completamente ultrapasados sus
dos últimos versos:

MALES QUE CONOCEN TODOS

PERO QUE NAIDES CONTÓ.

REFERÉNCIAS:

ASTURIAS, Miguel Angel, *El Señor Presidente*, Buenos Aires, Lo-
sada, 1968, 209p.

HERNANDEZ, José. *Martín Fierro: Introducción, notas y vocabulá-
rio de Eleuterio F. Tiscornia*. 14º ed. Buenos
Aires, Losada, 1972, 343p.

ROA BASTOS, Augusto, *Hijo de Hombre*, Buenos Aires, Losada,
1967, 281p.